JOAQUIN V. GONZALEZ [1])

Nació entre los peñascos, frente a las cimas nevadas, sobre las ruinas y las tumbas de los pueblos antiguos que conservan el secreto del alma primitiva de América. En la quietud de la piedra y del cielo, allí donde el Ande se aviene a la tierra, y en la cercanía del muro derruído de la antigua fortaleza calchaquí, recibió Joaquín V. González el bautismo de luz de las estrellas, que lo marcaron desde el signo de los peces con la predestinación ineludible del espíritu.

En *El Huaco*, la antigua estancia familiar tendida en los valles de La Rioja, construída sobre "planicies cubiertas de verdura, donde la flauta rústica de Teócrito congrega los rebaños al caer la tarde", transcurrió su infancia solitaria y reflexiva. Todavía agitaba las quebradas el tumulto de las montoneras batiéndose en derrota. Él lo recuerda en las páginas evocadoras de *Mis montañas* con voz estremecida.

Terminada su educación primaria, su padre lo llevó a Córdoba, encerrándolo en los claustros del Colegio de Monserrat, que abandonó a los diecisiete años para ingresar en la Facultad de Derecho. A los diecinueve años, en 1882, se inició en la actividad literaria, bajo la advocación estética de los esplendores románticos, en la admiración devota de Víctor Hugo y Olegario Andrade. Sus poesías de estudiante visten su pensamiento ya rotundo con las galas retóricas del tiempo, pero sin otorgar a la moda literaria concesiones que lo debiliten o deformen.

Sin embargo, su instrumento de expresión preferido fué la prosa. En ella vertió su emoción montañesa y su pensa-

1) Conferencia leída por la estación radiotelefónica L. R. 11, de la Universidad Nacional de La Plata, el día 31 de octubre de 1939 al clausurar el ciclo de transmisiones correspondiente a dicho año.

miento político y educacional, jurídico y filosófico. Y la poesía siguió viviendo, oprimida entre las líneas densas de su prosa doctrinal, semejante a la savia que, destinada a alegrarse en la hoja y en la flor, se condensa en excrecencias leñosas sobre el tallo envejecido y torturado, cuando la implacable mutilación de sus brotes la condena a la sombra, para lograr esos extraños ejemplares arbóreos que decoran el fondo de los vasos nipones. Aunque muchas veces, un potente lirismo hace reventar la corteza rigurosa para ofrecernos su trémula flor azul.

Rafael Obligado dijo de él que había descubierto la montaña nativa; más valiera decir que fué portador del mensaje de la montaña. Frente a ella aprendió a desentrañar la unidad absoluta del hombre y del universo. Alguna vez lo confesó sin pudor y sin jactancia:

"Yo he nacido — dijo — en tierra de cuevas, de precipicios y de brujas, y también de promontorios, de cumbres y de nieves eternas, y sin guías ni academias, y sólo por tener ojos, oídos y la divina facultad de ver y oír, común al género humano, he llegado a percibir la relación de las cosas con las almas, las revelaciones del mundo invisible al material y las confidencias del pasado más remoto al presente más nervioso, por una línea, por un eco distante, por un graznido en la noche de las cimas y las quebradas".

He ahí la pasión de su vida. Pasión exultante de "percibir la relación de las cosas con las almas" y vibrar como un cántaro en cuyo seno el agua móvil cumpliera con la ley lunar, que sabe hacer más profundos los océanos y revivir la raíz oscura de los ritos. Pasión del conocimiento y amor de la cultura que es compasión del hombre encadenado a sus instintos primordiales. Para liberarlo, renovando el mito prometeico, hubo de repechar desde el valle la montaña a fin de arrancarle su secreto milenario. Y no quiso robar el fuego divino para forjar con él los bronces y los hierros destinados a ensangrentarse en las espadas; sino desentrañar las fuentes de la luz que templa los metales del alma, y hace fuertes a los buenos y buenos a los fuertes: el Amor.

Fué el hombre del valle argentino, nacido de la conjunción de montaña y llanura; él lo sabía y por eso, en un

poema de juventud, colocó su espíritu y su patria bajo los símbolos tutelares de los Andes y del Plata.

Sarmiento fué el hombre-montaña. Nacido frente a la mole granítica del Ande, tenía la fuerza del torrente nutrido por las cimas disueltas, que avasalla las laderas y labra la piedra, y enloquece la rueda de los molinos. Su fuerza era la fuerza apocalíptica de los aludes despeñados de la altura.

El hombre-llano es el hombre del impulso orgánico. No se precipita: se expande. Tiene la precisión silenciosa y potente de las raíces que aprisionan la tierra para vengar al árbol de su atadura ancestral. Es el hombre del instinto terrestre, el hombre de la restauración de las jerarquías vitales: Juan Manuel de Rosas es su arquetipo.

González fué el hombre-valle, tierra fértil entre cimas nevadas; instinto terrenal y aspiración de cumbres; torrente impetuoso transformado en río fecundante; piedra de la montaña que se hace mojón en la tierra húmeda y caliente. Escuchemos el eco de su voz:

"Me considero un fragmento de piedra de la montaña a cuya sombra se alza todavía la casucha donde he nacido y dormita el valle indolente donde pasé mi infancia y viven aún los olivos centenarios bajo cuyas ramas, como en las de la Biblia, se sucedieron las vicisitudes y las calmas de una vida que dejó impresas en todo mi ser, sus huellas, sus conmociones, sus alegrías, sus ternuras, sus lágrimas, sus anhelos, sus dolores".

Pero el paisaje constituía tan sólo su contorno vital. Su pensamiento volaba como los cóndores de su tierra, de cima en cima, en perpetua vigilia, dilatada la pupila ávida de sol.

Joaquín V. González se asemejó en mucho a aquellos humanistas del renacimiento que él admiró en la figura recia de Luis Vives. La ciencia le atraía con esa fuerza dionisíaca que exaltó el alma de Giordano Bruno. Para él era sendero de verdad y de belleza, y, sin rendirle el culto supersticioso de los hombres de su generación, se entregó a la tarea de dignificarla estableciendo sus legítimas fronteras.

Por eso hablaba "con emoción de sus exploraciones en el universo apenas visible y sospechaba la onda de vida que atraviesa el océano de éter de mundo a mundo y de universo a universo. Contemplaba las lejanas nebulosas al través de

los lentes del Observatorio de La Plata y se complacía imaginando la fecundación de los astros, inundados por fotospermas siderales, portadores de la vida entre las esferas''.

Este sabio tenía el alma enorme y cándida, pero conocía las raíces del hombre. Por eso no pudo vencerlo nadie y fué infinito el campo de su estrategia porque fué infinito el campo de su amor. Ante la confesión de una flaqueza o el descubrimiento de una mezquindad solía decir con voz llana y sin matiz, profundizada en el tono comprensivo: ''Sí, yo también sé eso... También soy eso...''

No era un forjador de frases, y quizá por eso su gran espíritu no pudo condensarse en fórmulas que penetraran en las venas de la muchedumbre. Tampoco fué orador; hablaba siempre con el alma encendida oculta tras la carne impasible, bajo la piel traslúcida de los párpados adormilados. Tenía acaso el pudor de sus emociones. Su palabra indecisa se ahondaba en la intimidad para llegar a la expresión enternecida de su sentimiento. Pero los grandes públicos nunca fueron conmovidos por la exaltación de su gesto o de su voz.

Alguien que estuvo cerca de él — Víctor Mercante — lo recuerda así:

"Trataba a los hombres con reserva; los ojos bajos, parco el ademán, la palabra escasa; la manera, señorial, desconcertaba. La conversación, en círculo, rara vez llegaba a la verbosidad; mucho menos al tono fuerte y hueco de oficina. El interlocutor sentíase irremediablemente medido por aquella actitud tras de la cual oía y juzgaba''.

Leía bajo la lámpara familiar, en la alta noche, entre las imágenes simbólicas que explican el sentido de su vida: el *San Francisco de Asís* de Alonso Cano y la *Venus de Milo*. Su rostro barbado acentuaba en su vejez austera y reflexiva, sobre los libros de hojas lentas, los rasgos de aquellos hidalgos de carnadura enjuta y fuerte, cuyos rostros fijó el Greco en *El entierro del Conde de Orgaz*.

Ningún estrépito de la calle turbaba su serenidad de hombre habituado a mirar desde la altura. Marasso fué a verle en una hora ensombrecida por funestos presagios: lo encontró reclinado sobre un estudio del budismo, absorbido por meditaciones esenciales. Otro día un periodista se enteró en la Casa de Gobierno que González terminaba de presentar su renuncia

a la cartera de ministro; corrió a su casa y le halló repantigado en un sillón, leyendo un número del *Times* que acababa de llegarle por correo. Su vida se deslizaba con pulso parejo. Sabía separar lo que pasaba *en* su vida de lo que pasaba *por* ella.

El místico

Hemos dicho que, más que el descubridor de la montaña, González fué el portador de su mensaje. Lo dijo una vez:

"Un día la montaña nativa habló por mí; yo transmití el mensaje del alma difusa de los seres, muertos y vivos, que en ella tienen nidos y sepulcros, y entonces ví, conocí, sentí que era místico"...

Por eso se ha podido decir que su viaje a la India es el retorno a las sierras de La Rioja. Pero si bien, como hace notar Julio V. González, el misticismo de su padre "no fué el supremo recurso de salvación de un alma rendida al desengaño o al agotamiento, ni el despertar de un espíritu a una vida insospechada", no podemos admitir tampoco que ese misticismo haya sido "la exaltación casi sublime del lirismo trascendente que lo animó desde su primera juventud".

"El amor a la vida al través de las múltiples manifestaciones de la belleza" no suscita la actitud mística como una consecuencia ineludible de su exaltación de los valores estéticos. La belleza, para González, exorna la vida pero no nutre sus raíces. Es la visión del Universo la que pone acentos líricos, devoción por la belleza y exaltación poética en la voz del profeta y del filósofo, que siente las armonías de la naturaleza y del hombre, como manifestaciones del espíritu creador. Es éste el que embellece las cosas y los seres al subordinarlos a la maravillosa arquitectura del Cosmos y ponerlos en relación con las causas eternas del mundo, sellando la unidad de los contrarios.

González supo allegarse hasta la India milenaria sin ingresar en secta alguna, siguiendo la evolución ascendente de su espíritu, sin resignarse a copiar los resultados, como quería el alma en llamas de Sören Kierkegaard. La ciencia fué para él camino de despertares, no liturgia de probanzas. Su

posición religiosa no es una proyección sentimental de naturaleza estética, sino un acto de conocimiento que una gran sed de verdad exalta hasta la pasión. Ciencia y religión no son para González, como para casi todos los hombres de su generación, caminos divergentes o irreductibles antinomias; planos jerarquizados del conocimiento con órbitas autónomas, su espíritu supo rendirles el homenaje de su consagración sin establecer artificiales dependencias.

El político

González percibió en el Universo la unidad admirable de las contradicciones, que el alma contemplativa de Oriente descubrió y Hegel tradujo en su dialéctica al lenguaje dinámico del alma occidental. Por eso quiso hacer de la patria la realidad superior en la que se unificaran las fuerzas más hostiles y los elementos más heterogéneos. Buscó en los mitos autóctonos la hermosa leyenda de la Patria blanca, y trabajó a lo largo de su vida para lograr la conciliación de los espíritus en el respeto de la ley y en el conocimiento del destino de la nación. Para ello, hubo de ser político y educador. Fué educador por vocación y fué político por deber. Sabía, como los gestores de la Revolución de Mayo, "que fueron generales victoriosos por imposición del patriotismo", que los constructores civiles del 80 tenían que gobernar para educar, y sabía también que el gobierno no cae providencialmente en las manos de los que no saben conquistarlo en la acción pública.

Quiso la unidad de la nación y la concordia de los argentinos, como quiso la concordia de los pueblos del orbe en una nueva humanidad. Le faltó la pasión del "líder" y la voluntad de poder que sugestiona y domina las multitudes; a su través no actuaba la gana ciega que domestica las voluntades con su instinto imperial. Su emoción llegaba a las gentes cernida por una inteligencia que amaba la armonía y estilizaba su temblor. Por eso no llegó al corazón del pueblo de su tiempo: el pueblo sólo sabe de contactos de carne viva y sangre tibia, y él le alargaba su vaso de vino milagroso, sin querer confesar el misterio que lo había macerado en los lagares con la sangre de su angustia.

No por eso renunció al mundo y a su lucha: "Kabir nunca pierde su contacto con la vida diurna". Él conservó ese contacto en la acción legislativa que culminó en la ley electoral de 1902 y en el Código del Trabajo que llenó de admiración a Adolfo Posada.

Y fué también figura "presidenciable" desde la muerte de Quintana, y, por tanto, blanco de la diatriba pública de los adversarios y de la difamación secreta de los candidatos de sí mismos, que abundan en todos los partidos.

Conciencia vigilante de la argentinidad, murió mientras ocupaba una banca en el Senado de la Nación, en cuyo recinto su voz elucidó más de una vez con su clarividencia y su cultura, problemas jurídicos, políticos y pedagógicos.

Años antes, en 1914, había condensado su pensamiento como hombre de partido al redactar una *Invitación-manifiesto* para la formación de una fuerza política nacional que agrupara los elementos populares del "régimen". Sus expresiones no han perdido todavía la frescura original:

"Damos como un hecho definitivo — decía — y por consiguiente adoptamos la resolución inquebrantable de sostenerlo y consolidarlo, el del sufragio irrestringido e inviolable como único medio de llegar al fin de nuestras aspiraciones. Creemos que los oficialismos y los resortes electorales que en ellos se apoyan, son un recurso unánimemente repudiado por todos los partidos en la República, e ineficaz, en suma, por el nuevo ambiente que las reformas legislativas, los últimos hechos y el estado actual de la conciencia nacional han creado a su respecto".

El educador

Dijimos que en González el ideal patriótico lo empujó a la arena candente de la acción política. Para educar, era preciso gobernar. Escuchemos su voz:

"Cada uno define ante sí su patriotismo, y yo he definido y consagrado el mío a este aspecto del trabajo colectivo, es decir, a hacer en el pueblo la condición de la cultura como la más alta aplicación del esfuerzo, y buscar por la nutrición y afinación del espíritu la creación de la verdadera patria

del porvenir. Lo demás me parece una obra de transición; una tarea de sostenimiento y de necesidad de vivir, mientras en el fondo, desde las capas inferiores de la sociedad, se viene elaborando el tejido fundamental, el definitivo, en el cual se realice la fijación del tipo normal uniforme y corporativo de la nacionalidad''.

La acción gobernante por excelencia era, pues, la acción educadora, tendiente a modelar el alma argentina y a formar la conciencia de la nacionalidad.

''Toda la cuestión educacional del país — dice en otro lugar —, como cuestión política o gubernativa, quedaba, pues, reducida para mí a una tarea de organización armónica, correlacionada, coherente, simplificada, unificada, orientada e inspirada en una idea directriz, que por fuerza debía coincidir de cerca o de lejos, de inmediato o de mediato, con la formación de la nacionalidad misma, entendida ésta en el sentido de modelación del *alma nacional*''.

Creía que el futuro de la humanidad y de la patria dependía de la educación de los niños, a los que prodigó sus palabras más delicadas y sus pensamientos más altos.

Un sentido cristiano de la vida fundamentaba sus teorías pedagógicas:

''El ideal cristiano — afirmaba —, en fecunda armonía con el espíritu de la ciencia, al referirnos a los conceptos originarios de las grandes religiones idealistas, vuelve a colocar al niño en el cimiento de la reconstrucción social, pero mirado a la luz de la nueva filosofía y de la nueva ciencia''.

Y al meditar, en una noche de Navidad, sobre el nacimiento de Jesús en el pesebre, escribía en una de sus más inspiradas páginas, bajo el título significativo de ''El niño es divino'':

''Si algún significado consolador para la humanidad ha de tener el respeto religioso que ella profesa a la tradición sagrada del nacimiento de un Dios entre nosotros, es el de la demostración de la bondad y santidad originarias de nuestra naturaleza. La corrupción y adulteración de los orígenes ha cambiado de tal manera los conceptos, que casi dos milenios de historia han transcurrido en la creencia de que el niño nace malo, es decir, predispuesto al mal, como hijo del pecado. Y así se explica cómo ha surgido la escuela penitenciaria, la

escuela expiatoria que ha viciado la enseñanza y mantiene aún arraigada en la costumbre y en la pseudociencia de la pedagogía dogmática la convicción inicial de la maldad del niño, sin duda para que la *educación* lo haga bueno, para que los maestros, sustituyéndose a él por obra de voluntad y de rutina, malogren el divino designio que ha creado en cada niño un Dios, como un efluvio de la propia sustancia''.

Frente a esta actitud valorativa se comprende sin dificultad la jerarquía que tiene el problema de la educación primaria ante el pensamiento del educador y la voluntad del estadista. Veamos la forma en que lo expresa:

''La primera enseñanza forma y modela el alma de la nación, la segunda la habilita para encargarse y dirigirse a un fin particular y la superior la desliga y la liberta de todo método para lanzarla a recorrer con su sola fuerza y su propio impulso los espacios ilimitados de las ciencias y las artes. Luego es allí, en el primer ciclo, donde deben sembrarse las semillas que se desee ver fructificar y echar frondoso ramaje en la edad madura, que determina la del imperio, la libertad y la fuerza de la nación misma; es allí donde la mirada vigilante del Estado debe cuidar que no vayan mezclados con los rudimentos de la ciencia, gérmenes corruptores, desordenados o anárquicos o de tal modo extraños a la índole de la nación que se conviertan en el porvenir en causas de disolución, de debilidad moral y engendrar el exclusivo *humanitarismo,* contrario a todo concepto de individualidad nacional''.

Su acción educacional no se limitó al campo de la instrucción primaria. Para hacer posible la renovación fundamental que postulaba, había que hacer primero los maestros. Y los maestros, a su vez, debían ser educados por profesores conscientes de la misión que el maestro debía cumplir al egresar del aula. Sólo la Universidad podía formar un cuerpo de profesores capaz de adoctrinar las nuevas generaciones de maestros. La tarea era larga y deslucida, pero González atacaba el problema en su raíz. Así nació en su espíritu la idea de fundar la universidad nueva, con su Facultad de Ciencias de la Educación.

La universidad de la plata

Desde 1900 venía madurando la creación de una universidad que respondiera al espíritu democrático de nuestro país. La soñaba libre, para que enseñara a ser libre por la verdad. "La verdad os hará libres", era su perenne exhortación a la juventud.

Inspirado en el ejemplo de Cornell, quería un establecimiento en el que "toda persona pudiera adquirir todo conocimiento" y se propuso realizar el tipo de universidad integral que el humanista español Luis Vives estructuró en el pensamiento con método riguroso y lírica exaltación, y que la voluntad realista anglosajona consumó en fundaciones dotadas por la munificencia del Estado y del peculio particular. A González, vinculado al primero por el triple lazo del idioma, de la tradición y de la sangre; y asimilado a los segundos por la frecuentación de la cultura inglesa y el culto de su genio realizador y pragmático, estaba reservada la tarea de fundar la universidad que soñara el ilustre valenciano.

Concibió la nueva universidad abarcando las tres etapas de la enseñanza, primaria, secundaria y superior, orientadas por un ideal patriótico y un espíritu común. Quiso resucitar el "Alma mater" de las culturas seculares, en íntima conexión con las tradiciones de la tierra y con la misión futura de la nacionalidad. No aceptaba la ciencia sin ideales y creía que la casa que se le consagraba había de ser ante todo un organismo que cumpliera su función específica en la sociedad argentina, vitalizada por los ideales éticos que inspiraban la historia de la nación y afrontando resueltamente el problema social.

"La ciencia sin alma —decía— es un instrumento en manos de un autómata; la ciencia animada de un ideal es la verdadera expresión del Verbo Supremo". Este ideal le dió alientos para abordar la empresa frente a la hostilidad de muchos y a la indiferencia de los más. La Universidad Nacional de La Plata es hija del pensamiento que orientó su vida.

"Ella nació —dijo en una noche inolvidable— de un sentimiento directivo de mi vida pública toda; se calentó a la llama de una profunda emoción de amor humano y se ha fortalecido

en el yunque de la lucha pues, cuando más recias eran la contraola y el escollo, mi corazón sonreía porque estaba convencido de la bondad del propósito; porque en cada embate reconocía la existencia, la realidad del enemigo único que yo contemplo en el mundo, pues él engendra todos los del hombre dentro de su propia naturaleza: la ignorancia en todas sus formas y representaciones''.

"Y como cierto santo apóstol a quien alcancé a oír en mi juventud, hijo, como yo de la misma región montañosa de las tristezas sugestivas y creadoras, mientras más adversos los veía, más los amaba, y me sentía poseído de la fiebre de conquistarlos y de hacerlos más buenos''.

''Esta obra (la Universidad de La Plata) es hija del amor, de la emoción de ideal que gobierna mi mente y del impulso prospectivo que la fuerza adversa engendra en la acción''. ''Su esencia es profundamente humana y envuelve un progreso real para la civilización, para la cultura argentina y del mundo, pues nada hay más expansivo y universal que la ciencia, en cualquier rincón de la tierra que se elabore; y mi ensueño íntimo de supremo goce fué y es el pensar que algún día la humanidad haya de tener que agradecer a nuestra patria, por el trabajo de esta universidad, una contribución efectiva a su bienestar, a su dignidad, y al reino de la justicia en el futuro. Y por esta realidad política yo he renunciado, algunas veces, los halagos de la victoria o el éxito de la política militante; es inspirado por un amor incontrastable por la infancia y la juventud de mi patria y la humanidad en su conjunto, que me he consagrado a la tarea definitiva de echar leña de mi bosque espiritual y emocional, a la hoguera, que no quiero ver palidecer, de la ciencia y de la belleza''.

Amó tanto su obra y la ciudad tranquila que la acogió en su seno cordial, que deseó dormir su último sueño bajo esa tierra estremecida por las voces de los que llegaban hasta los claustros cada vez más prestigiosos, desde lejanos rincones del país y de América.

Al pasar por el Bosque decía contemplando el verde luminoso de los robles: ''Cuando me muera, que me entierren ahí''. Pero lo reclamó la piedra nativa y esperaba sus despojos la urna que conservó vacía y sin inscripción, junto a las que atesoraban el polvo de otros seres queridos. Además había

escrito en la roca, mientras contemplaba las nubes blancas que coronan el Velazco, la cuenca pedregosa y el revuelo de los cóndores: "Esperadme". Y volvió allí para cumplir la cita.

Su alma no pudo arder con la luz violenta de las teas, pero ilumina aún sin consumirse, como las lámparas votivas, la cruz de los caminos patrios y el ara rústica de la argentinidad naciente. Y porque la pasión inextinguible de su vida no fué el poder, ni la riqueza, ni la gloria, sino la contemplación y el pensamiento libre, pudo poner toda su emoción y su esperanza en estas palabras proféticas, rebosantes del "sagrado desorden" ante el que Arthur Rimbaud se arrodillaba:

"Alma de la tierra nativa, alma mía y del linaje que llenas con tu presencia y con tu unción poética toda la extensión de la patria, con sus mares, ríos, llanuras, pampas, cordilleras, cielos y entrañas de oro y de limo eterno, tú revelarás un día al alma contemporánea el secreto de la armonía, de la verdad y de la belleza, cuando abras las puertas del templo infinito bajo cuyas bóvedas amantes, como del seno de las arpas de todos los profetas y bardos del mundo, irrumpa, por fin, la inmortal sinfonía, la del amor, germen de toda ciencia, creador de toda belleza, dispensador de toda justicia".

Y un hombre nacido del otro lado del Ecuador de América, que se le asemeja en más de un aspecto fundamental, —José Vasconcelos— quiso confirmar la lírica invocación, fijando en una frase, que esculpió sobre el águila legendaria que decora el escudo de la Universidad de México, el mismo pensamiento, agitado por el viento profundo de las profecías:

"Por mi raza hablará el espíritu".

Así sea.

Ataúlfo PÉREZ AZNAR